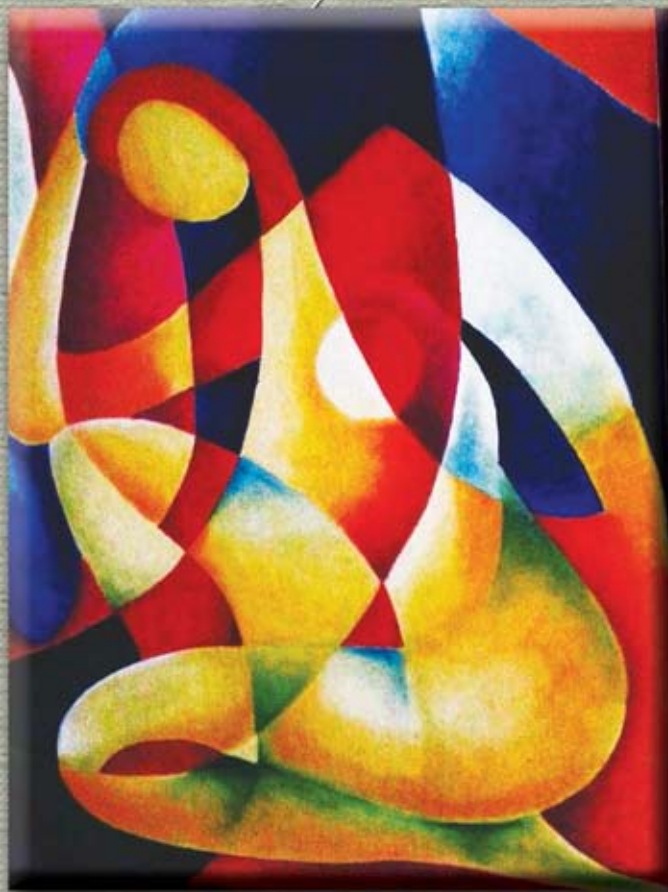


# Ars

# médica

*medicina y sociedad*



# Contenido

*Micropolíticas contra la mentira  
y el secreto* 3

*Ramón López Rodríguez*

*Autorretrato en blanco* 13

*Laura Lorena Flores Tavizón*

*Poemas* 17

*Francisco Farfán*

**Ars médica:** Espacio dedicado a escritores y artistas miembros, o no, de la comunidad médica, quienes podrán aportar textos y obras artísticas que contribuyan a mejorar la cultura en salud de la comunidad.

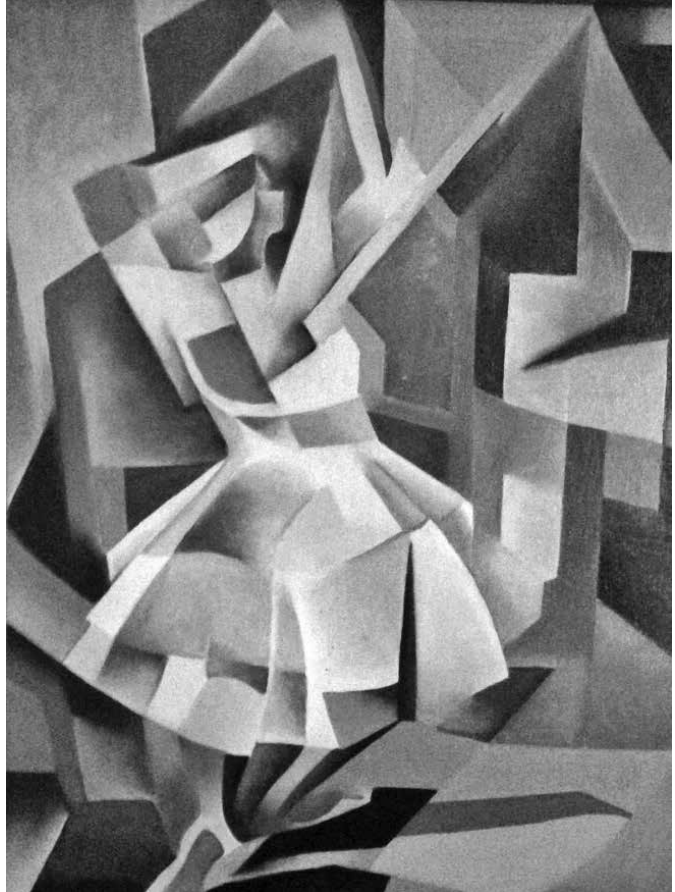
El formato diferente y su cualidad de dossier desprendible tiene por objeto su amplia difusión más allá del área del interés estrictamente médico.

LUXMEDICA

AÑO 9, NÚM. VEINTIOCHO,  
SEP-DIC 2014

La publicación de esta revista se financió con recursos del PIFI 2013

*La obra artística de este número, es de la autoría de la LDT Leticia Gómez Gutiérrez, profesora de asignatura del Departamento de Manufactura de Prototipos del Centro de Ciencias del Diseño y la Construcción de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.*



**Ars**  
**médica**

# *Micropolíticas contra la mentira y el secreto*

*Ramón López Rodríguez*

*Sólo la mentira absoluta tiene libertad para decir de algún modo la verdad.*

*Theodor Adorno*

**S**in duda, “mentir” es uno de los actos humanos que más caracterizaciones negativas ha recibido con el paso del tiempo. “Matar” o “robar” son otros dos de ellos, aunque por múltiples razones estos últimos nos resultan mucho más execrables que el primero. En el caso del mentir, su repudio histórico se deriva más bien de su poder para trastocar los lazos que cohesionan a individuos solitarios y fragmentados en grupos sociales bien organizados, al derrumbar los mecanismos que fomentan entre ellos la confianza, la empatía y el altruismo. El sujeto que miente, catalogado como el infractor de un cierto orden social establecido, enfrenta además la acusación de que con su actuar comete una grave “falta moral”, más si con mentir ha obtenido un beneficio inmerecido o ha ocultado otra acción mucho más abyecta. Por eso, cada época se las ha ingeniado para detectar, perseguir

y castigar oportunamente a la mentira y al mentiroso.

El problema de estudiar la persecución de la mentira en la historia estriba en que también cada época ha tenido su propio concepto de mentir. En su libro *La prohibición de mentir*<sup>1</sup>, el filósofo Sergio Pérez Cortés describe cómo durante el cristianismo primitivo se consideró a la mentira como un “pecado”, esto es, como una afrenta contra la ley de Dios, interpretación que perduró incluso hasta la Edad Media. En el tránsito al Renacimiento, la prohibición de mentir encontró una justificación diferente, debido a ciertas circunstancias que amalgamaron las consecuencias morales de la mentira con otras de orden económico. Así, la mentira quedó catalogada como un acto de “deshonor” y no sólo como un pecado, y se le consideró como un daño al tejido social que se estaba constituyendo alrededor de las relaciones mercantil-capitalistas de las florecientes burguesías

<sup>1</sup> Véase Sergio Pérez Cortés. *La prohibición de mentir. Siglo XXI/UAM-I, México, 1998*

europas protestantes, relaciones que tanto interesaron, por ejemplo, al sociólogo alemán Max Weber.<sup>2</sup>

Ya en el siglo XVIII, con el advenimiento de la Ilustración Francesa y, después, con la formulación de diversos códigos morales de corte universalista, sintetizados en el famoso “imperativo categórico” kantiano, la percepción de la mentira sufrió –según señala Pérez Cortés– una nueva mutación que la hizo aparecer ahora como una traición a la autonomía del sujeto racional, esto es, como aquel tipo de infracción individual que sólo puede juzgarse y penalizarse en lo profundo del tribunal de la propia conciencia. Además, la lucha contra el acto de deslealtad de un hombre consigo mismo que supuso la mentira, y que hizo a este individuo el objeto de una sólida educación moral y cívica durante buena parte del siglo XIX, coincidía con la necesidad de la Europa decimonónica de consolidar aquel tipo de individualismo liberal y democrático que era requerido para formar las incipientes clases meritocráticas, que estaban destinadas a ser el cimiento humano de los poderosos estados nacionales.

Hoy en día, la reflexión sobre la mentira ha sufrido un proceso de banalización muy marcado, y un extraño reduccionismo analítico ha atrapado el estudio de la mentira y su prohibición hasta llegar a convertir esta acción en una mera “desviación” comportamental –primero psicológica y después moral– que conduce a un individuo a infringir

las reglas de la interacción impuestas por los sistemas sociales. A pesar de las múltiples disciplinas que han investigado con rigor el acto de mentir en los últimos tiempos, tales como la lingüística, la teoría literaria, la epistemología, la psicología, la neurociencia, la ética, la sociología, la ciencia política o el derecho, nuestro sentido común la define simplistamente como una “acción mala” y, en términos colectivos, como un riesgo de la convivencia pacífica entre los individuos. Mentir, en esta interpretación ingenua actual, es un acto antisocial que las personas con una conciencia moral bien desarrollada nunca cometen deliberadamente, salvo que una situación justificable lo amerite, por ejemplo, salvar una vida, proteger a un inocente, evitar el sufrimiento de un tercero, etcétera. Lo moralmente normal, se piensa, es la práctica individual y colectiva de la honestidad.

## II

¿Podieran depender las relaciones sociales pacíficas y estables que practican las personas moralmente normales de una inconfesable y, quizás, latente capacidad de mentir? ¿O sólo el individuo desviado miente, haciendo necesario detectarlo y castigarlo con la mayor celeridad y dureza que se puedan? Si nos concentramos en el acto de mentir mismo, habría que considerar que determinadas preguntas sobre su naturaleza permanecen aún sin una respuesta apropiada. Mucho se ha preguntado si mentir es posible

---

2 *En La ética protestante y el espíritu del capitalismo, uno de sus estudios más influyentes, Max Weber estudia magistralmente la relación entre la ética protestante y la consolidación de las lógicas instrumentales del capitalismo moderno.*



sólo si se cuenta con un lenguaje verbal adecuado para ello, como sostiene la filósofa Sissela Bok<sup>3</sup> o si, al contrario, se puede mentir a través de los gestos y del lenguaje no verbal, como llegó a suponerlo el novelista norteamericano Mark Twain. También ha interesado saber si mentir es, en todos los casos analizables, un acto deliberado o si se llega a mentir sin saber que se miente, como lo señala el filósofo David Livingstone Smith, al asegurar que una condición necesaria para poder mentir exitosamente es que el mentiroso se mienta primero a sí mismo sobre el contenido de su mentira.<sup>4</sup> Finalmente, se ha cuestionado sobre si el mentir es un producto de las circunstancias o si es, más bien, un rasgo inherente a la naturaleza humana.

Lo cierto es que si la mentira ha sido perseguida a lo largo de la historia se ha debido, en buena medida, a que se le ha considerado un acto sobre el cual el mentiroso tiene algún dominio. Éste miente porque elige mentir, y en este carácter intencional radica la idea de que tal individuo, no sólo obtiene provecho de su acción, sino que también desoye conscientemente la exigencia social de hablar siempre con la verdad, de ser sincero, al editar o mutilar acontecimientos o situaciones que ha atestiguado, vertiéndolas maliciosamente en enunciaciones lingüísticas cuyo contenido es contrario o diferente a lo que este suje-

to sabe o cree acerca de ellas. De estas enunciaciones, el psicólogo norteamericano Paul Ekman –quizás uno de los más reputados estudiosos de la mentira en el mundo– señala en su obra *Cómo detectar mentiras* que mentir es tanto ocultar el conocimiento sobre un hecho como alterarlo a conveniencia. La “ocultación” –o negación de un hecho– y la “fabulación” –o reinención de un acontecimiento– son entonces las principales modalidades del acto de mentir, según afirma Ekman.<sup>5</sup>

Como la ocultación y la fabulación generan en el mentiroso una gran cantidad de estrés, que frecuentemente le producen reacciones fisiológicas involuntarias, se supone que las mentiras pueden ser objeto de detección si se cuenta con un ojo entrenado para captar en gestos, movimientos de manos o posturas corporales potenciales indicios de la mentira. Es claro que el éxito de libros sobre la detección no verbal de la mentira, como el de Ekman y otros similares, se debe a que han sido escritos para lectores que viven en conglomerados humanos marcados por el temor y la desconfianza hacia los extraños, las comunidades de vida diferentes o las llamadas clases peligrosas. Por otra parte, la parafernalia de la detección del mentir sólo ha ocasionado que se eludan cuestiones sobre la mentira que sólo fueron parcialmente estudiadas por los expertos, pero que ya

3 Véase Sissela Bok. *Mentir: La elección moral en la vida pública y privada*. FCE, México, 2010.

4 Véase David Livingstone Smith. *¿Por qué mentimos?* Editorial Océano, México, 2011

5 *La distinción entre mentir, engañar o simular, que resulta tan importante dentro de algunos discursos de filosofía de la mente o de filosofía de la psicología donde se habla frecuentemente de “autoengaño”, Ekman la obvia por completo. Esto se debe a que su acercamiento al problema de la mentira proviene de sus estudios clínicos sobre la expresión facial de las emociones, y no tanto en reflexiones epistemológicas sobre el problema del engaño.*



**Ars**  
**médica**

habían sido planteadas con profundidad por la psicología y la psicoterapia infantiles: ¿por qué mienten los niños?

Una idea bien conocida por los principales psicólogos y terapeutas de niños en el siglo XX, sin importar la corriente a la que estuvieran adscritos –por ejemplo, Anna Freud, Melanie Klein, Erik Erikson o Alice Miller– era que el desarrollo psicológico normal del infante se encontraba estrechamente ligado a su capacidad para proveerse de un “yo” clausurado del mundo exterior, sin que esta clausura fuera tampoco una prolongación del egocentrismo natural del niño, sino su superación. En este “espacio interior” de la mente infantil, los secretos son una necesidad constante, pues ellos le procuran al niño la estabilidad emocional suficiente para tolerar un entorno que se volvía cada vez más caótico.

Según diversos estudios de psicología evolutiva, psicoterapia infantil o psicopatología infantil, como los realizados por Josef Perner, Alice Miller o Marcello Ajuriaguerra, dos afirmaciones sobre la mentira parecen sostenerse en niños mayores de los cuatro años. Primero: que a esa edad, los niños ya son capaces de ocultar información ante la mirada vigilante de sus padres, misma que antes parecía ser omnipresente, pero cuya infalibilidad se derrumba al momento que el niño logra contar exitosamente su primera mentira. Y segundo: que el niño puede rehuir a la pregunta inquisitoria del adulto al sumergirse en esos espacios de su interioridad que ha construido y poder fabular ahí historias alternativas a las que él conoce. El psicólogo y neurocientífico Josef Perner sugiere que una etapa de la maduración psicológica del niño es el desarrollo de una “teoría de

la mente”, es decir, de una cierta competencia cognitiva que le permite a éste convertirse en un “pequeño psicólogo”, capaz de entender que cada individuo tiene diferentes perspectivas sobre las cosas porque éstas dependen de su posición como observador. Además, el niño descubre que puede modificar los estados internos de los otros manipulando la información que les expresa. Si bien estas habilidades pueden volverlo un perfecto mentiroso, también le otorgan el necesario gobierno de su mundo interior para aprender actitudes contrarias a las que sugiere la mentira, como la honestidad, la sinceridad o la confianza en los demás. Otra cosa que nos enseñan las investigaciones sobre desarrollo infantil es que la incapacidad para mentir o para guardar secretos puede llegar a ser tan enfermiza e indeseable como lo es la mendacidad patológica.

### III

En las obras que el filósofo alemán Georg Simmel dedicó a la función del secreto en las sociedades modernas, éstas nos sugieren que la posibilidad de guardar secretos es una condición necesaria para la sobrevivencia de cualquier estructura social, ya que los secretos hacen posible el ejercicio del poder que ellas requieren, como lo consideran también Norberto Bobbio, Elías Canetti o Pablo Oyarzún. Claro que también en el secreto está la posibilidad de la desobediencia, la resistencia y el contrapoder, conductas que los dispositivos de control cada vez más estrictos en las “sociedades disciplinarias”, según el concepto acuñado por Michel Foucault, han identificado como propias de individuos



“inadaptados” y “peligrosos”. Así, los trabajos de Simmel sobre los “extraños” o –en un sentido parecido– los de Alfred Schutz sobre los “forasteros”, sólo evidencian la gran batería de recursos materiales y simbólicos que estas sociedades usan para transparentar el mundo interior de aquellos que pudieran representar un riesgo social. El sociólogo Erving Goffman asegura, por su parte, que una de las exigencias que los sistemas sociales imponen a una persona para ser reconocida como confiable, implica que ella “deberá ser en la realidad lo que alega ser”<sup>6</sup>. Tendrá que despojarse de todas sus “máscaras” y reprimir su deseo de aparentar lo que no es en el momento que se presenta.

A contracorriente de este reclamo social de transparencia, en su obra *Más allá del bien y del mal* de 1886, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche dio algunas razones de por qué los individuos independientes suelen hacer circular versiones engañosas de sí mismos. Nietzsche decía elocuentemente: “A las cosas profundas les gusta enmascararse”. Las máscaras, según la interpretación nietzscheana, tienen la noble función de ocultar y de mantener a salvo algo valioso a la mirada ajena. ¿Qué es lo que protegen las máscaras? Nietzsche responde: su reserva, su independencia. El “espíritu libre” nietzscheano se enmascara, pues, para resistir a todos los intentos de invasión que sufre su espacio interior, el que frecuentemente intenta escapar a los condicionamientos y a las técnicas de control a que queda sujeto en una sociedad ávida de disciplina y transparencia,

con el pretexto de la construcción social de la confianza. Sin embargo, en lo que estas sociedades han reparado muy poco es en las consecuencias catastróficas para la conformación de la identidad individual que se producen cuando acontece el derrumbamiento de las máscaras y que pueden ser apreciadas en algunas de las historias clínicas sobre “demen- cia paranoide” más memorables de la psiquiatría moderna, comenzando con la del juez alemán Daniel Schreber.

Se sabe que Daniel Paul Schreber (1842-1911) había tenido una vida relativamente normal hasta que cayó, a los cuarenta y dos años de edad, preso de un trastorno paranoico que lo mantuvo confinado durante casi un año en un hospital psiquiátrico. Aunque después de esa fecha el juez pareció recuperarse completamente, ocho años más tarde recae en su delirio más agresivamente luego de ser designado el Presidente del Tribunal Superior de Justicia de la ciudad de Dresde. Schreber pasó largas temporadas de reclusión en diversos nosocomios de toda Alemania y en esos lugares experimentó agudos delirios persecutorios, en los cuales una fuerza sobrenatural, que Daniel Schreber llamaba “Dios”, le sometía a un acatamiento estricto de estrictos principios morales que derivaban en tormentos corporales. El juez estaba convencido que esta presencia se encontraba dentro de él, invadiendo en los espacios de su intimidad, que frecuentemente le daban la impresión de que su alma estaba siendo violentamente aniquilada. Schreber llegó a calificar a esta presencia como “almacida”, asesina de almas.

En el escrito publicado en 1903 bajo el nombre de *Memorias de un enfermo de los nervios*, el propio Daniel Schreber describió la forma como vivía su delirio, lo que despertó la curiosidad del mismísimo padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, sobre esta singular autobiografía. En 1910, Freud intentó desbrozar el oscuro inconsciente del juez Schreber a partir de sus páginas, lo que le llevó a concentrarse en el estudio de esta obra para llevar a cabo su análisis. Varias décadas más tarde, los psiquiatras Thomas Szasz y Morton Schatzman lamentaron esta decisión por parte de Freud, pues evitó que éste percibiera la complejidad del caso Schreber y subestimara el contexto en que se había producido el estado delirante del paciente. En su libro *El mito de la enfermedad mental*, Szasz reprocha además a Sigmund Freud su inexplicable silencio ante los métodos de confinamiento y de aislamiento a que eran sometidos los individuos que eran diagnosticados como “enfermos psicóticos”. No resulta extraño ese mutismo freudiano si consideramos, en cambio, que ya desde finales del siglo XIX la psiquiatría comenzaba a convertirse en uno de los más eficaces instrumentos de control de la subjetividad y del espacio interior que estaban produciéndose dentro de la ciencia social europea.

Por otro lado, Schatzman juzgó que el seguimiento que Freud hizo del caso de Daniel Schreber no consideró seriamente la participación del padre del paciente, un reconocido educador y pedagogo alemán de nombre Daniel Glottlieb

Schreber, en la génesis de los trastornos del hijo. Y es que aquél había empleado en la instrucción de sus dos hijos –tanto en el juez Schreber como en su hermano<sup>7</sup>– cuestionables métodos pedagógicos diseñados para combatir la deformación física y moral de la niñez alemana, causada – según pensaba Schreber padre– por la ausencia de disciplina, condición que era la raíz de toda forma de desobediencia, testarudez y mendacidad infantiles. La hipótesis detrás de este sistema de represión infantil disfrazado de pedagogía era que la laxitud en el combate de las desviaciones físicas y mentales de los niños debilitaba peligrosamente el gobierno absoluto que los padres debían tener sobre sus hijos. La violencia física, infligida contra los niños con el uso de esos brutales métodos de enseñanza con el pretexto de sanear sus almas, fortalecer sus cuerpos, enderezar sus posturas y vacunarlos contra los gérmenes de la desobediencia y la corrupción, ejemplifican perfectamente lo que la psicoterapeuta infantil Alice Miller llama la “pedagogía negra”<sup>8</sup>, es decir, todas aquellas técnicas de sometimiento, intimidación, acoso, represión corporal y pulsional, vigilancia y control impuestos a los actos de niño por una autoridad adulta.

Esta “micropolítica” persecutoria de la interioridad infantil –como parece entenderla Schatzman– también propagaba una serie de retóricas que versaban sobre la disolución de libertades individuales, con tal de proteger la inocencia y la integridad del niño y restaurar la confianza

7 *El hermano de Daniel Schreber se suicidó siete años antes de que aconteciera el primer colapso del juez.*

8 *Véase Alice Miller. Por tu propio bien.*

del adulto en él. Quedaban así igualmente encubiertos o legitimados los actos de violencia simbólica que la autoridad paterna usaba para controlar al educando y que Alice Miller logró sintetizar en una sola frase que es, al mismo tiempo, el espíritu de toda la micropolítica: “¡Es por tu propio bien!”. El uso de los métodos pedagógicos que casi seguramente condujeron al juez Daniel Schreber a sus estados paranoicos, tenían entre sus objetivos principales uno que nos interesa sobremano: la inhibición de la mentira en la vida del niño.

#### IV

En la obra *El concepto de lo mental*, el filósofo Gilbert Ryle catalogó como un “error categorial”, es decir, como un desatino epistemológico sobre el funcionamiento de la mente, a la idea cartesiana de que ella (la *res cogitans*) y el cuerpo (*res extensa*) funcionan bajo principios lógicos bien diferenciados. Ryle denominó a ese error “el fantasma en la máquina”. La referencia frecuente e irónica al famoso “fantasma” fue una de las manifestaciones que cobró el anticartesianismo en la primera mitad del siglo XX. En el caso de Ryle, la intención se centraba en superar la idea del “yo” como una sustancia pensante que, teniendo al cuerpo como su habitáculo, poseía, además, un acceso privilegiado (secreto) a sus más caros estados y representaciones mentales, esto es, a su interioridad en toda la extensión de la palabra.

Desde cierta perspectiva, derrumbar la “doctrina oficial”, como la llamaba Ryle, resultaba ser una cuestión inevitable y, por qué no decirlo, necesaria, ante

el interés por explicar de una mejor manera la operación de la mente. Sin embargo, había algo más detrás del exorcismo del fantasma dentro de la máquina. Y es que sin importar que el fantasma haya sido un genuino “error”, un obstáculo epistemológico que Ryle y otros atacaban con el deseo de hacer avanzar las ciencias cognitivas, la filosofía de la mente o la filosofía de la psicología, detrás del derrumbamiento de la interpretación cartesiana se estaba articulando, sin embargo, toda una maquinaria científica, pedagógica y retórica, destinada a ejercer violencia, tanto simbólica como física, contra esos dominios secretos del “fantasma” (la subjetividad), donde la detección de la mentira se volvería una de las expresiones más populares y visibles de esa tendencia décadas más tarde. El acoso del fantasma no era sólo la forma que cobraba el tránsito de un paradigma sobre la mente a otro distinto, sino que éste se da –y esta es una hipótesis que deberá ser sustentada en un texto posterior– en un contexto ideológico y micropolítico de desconfianza social generada por momentos históricos como el fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría, que hicieron de la detección del enemigo uno de los objetivos más importantes de las ideologías de Seguridad Nacional, que se fortalecieron en los Estados Unidos de América o en Inglaterra entre las décadas de 1950 y 1980 del siglo XX.

Para finalizar, solo vale agregar que todas estas teorizaciones científicas y filosóficas contra la mente productora de secretos y de mentiras, entremezcladas e impulsadas por otras teorizaciones de corte ideológico y político que, a la vez que sembraron la sospecha hacia los ex-

traños, fabricaron formas cada vez más efectivas de control social sobre los amigos y los conocidos, son parte de la larga cadena de prohibiciones sobre el mentir de que ya hemos hablado, y que de manera diluida por la parafernalia de la detección en aras al incremento de la confianza son todavía el pretexto perfecto para invadir o intervenir ese “espacio in-

terior”, donde sabemos muy bien que no solo se gestan la maldad, la simulación o el engaño, sino igualmente la rebeldía y la resistencia legítimas al poder ilimitado y excesivo de unos cuantos que, sin decirlo abiertamente, han hecho suyos la mentira y el secreto –que ellos mismos denostan públicamente– para poder sostener sus privilegios.





**Ars**  
**médica**



# *Autorretrato en blanco*

*Laura Lorena Flores Tavizón\**

– Disculpadme por favor, pero no me es posible comprender el curso de sus indagaciones.

– ¡Por Dios! No, usted deberá de disculparme entonces. El que bien no comprende las referencias del otro es porque bien no ha sido informado. Sentaos, amigo mío, poneos cómodo; ahora enunciaré los detalles, que hacen hecho al hecho.

>>Me encontraba yo volviéndome loco en aquella camilla. Las blancas estancias del recinto se habían vuelto, a mi parecer, desastrosamente repulsivas y me inquietaba sobremanera no poder salir de ahí. Blanco sobre blanco; ¡Qué perverso juego de paradojas! imaginaos las escandalosas deducciones a las que pudo llegar mi afligida mente partiendo de aquellos maldecidos colores.

– Más despacio, que no entiendo. Acaba de decir “colores”, pero ha dejado en claro que únicamente uno de ellos lo aquejaba.

– Blanco, sí. Prestad atención. Muchos años antes ejercía yo el oficio de pintor y no quiero sonar presuntuoso, pero se llegó a comparar la viveza de mis lienzos con la audacia de Rembrandt.

– ¡Qué maravilla!

– Desde luego que lo era, pero no he terminado. Escuchad. Había un solo problema con mis cuadros: nunca pude terminar alguno.

– Prosiga.

---

\* *Estudiante de primer semestre de Medicina de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.*

– Corrían en aquella época los años de luto del dios caído, y los desafortunados feligreses quedaban sumidos cada vez en mayores desencantos. Lentamente el infortunio de la era del vacío comenzó a caer sobre las masas. Los artistas, que buscábamos aplicar el descontento plasmando obras menos mortales que nosotros mismos, empezamos a pulir y estructurar nuestras creaciones. Justo en eso quedé, en el punto en que doy el trazo de vida a la muerte y de muerte a la vida. El dios que da la vida, el dios que otorga la muerte. ¡Oh! Y el pintor que no quiere abandonarla nunca. ¿Y de qué dios estamos hablando?

>>Así pues pasaron los años de mi juventud, conmigo corriendo por entre los ambiciosos campos del virtuosismo. Todos los días volvía yo a enmarcar con más y más colores los rostros de mis creaciones, pensando: “si Dios es capaz de dar vida al hombre sembrándola en el lienzo del universo, yo también puedo dar la vida a mis lienzos”. Traté y traté de simular los movimientos de la vida, puliendo minuto a minuto las empastadas obras, hasta que un día ocurrió el desastre inevitable.

– ¿Pero qué sucedió?

– Una mañana me levanté, una vez más, con todo el propósito de seguir construyendo mis afanes y al acercarme a uno de mis autorretratos, casi perdí el aliento.

– ¿Y qué encontró?

– ¡Blanco! ¡Blanco sobre más blanco!

– ¿Pero cómo?

– Es lo que no pude yo saber. Yo traté de agregar cada color existente en una proporción pura y consanguínea con sus hermanos. Siempre creí que el nivel exacto de cada color era en sí lo esencial para dar riqueza al arte, y entre más exacta fuera, más cerca estaba de la perfección.

– Pero dice usted que su dibujo se había disuelto en el vacío.

– Puede que me haya equivocado. Puede que el exceso de vida lleve a la muerte, puede que el exceso de color lleve al blanco puro. ¿Pero tiene idea del impacto que me causó

enterarme de aquello? Cuando todas mis teorías y mis aires de grandeza estaban sustentados en las plataformas contrarias. Algo parecido a lo que deben haber sentido los más fidedignos creyentes del templo del dios que se había derrumbado poco antes. Ese mismo día se me escapó toda esperanza de las manos, todo lo que vi desde entonces fue un universo blanco. Los colores, que eran mis verdaderos ángeles de resguardo, dejaron de tener importancia alguna. Hasta ellos tenían un límite. ¿Que se podía esperar entonces de nosotros mismos?

– Qué situación.

– Me encontraba en el más terrible abatimiento. Aún más tormentoso que cuando cayeron todos mis rezos y oraciones desde las alturas. Cuando me enteré que rogábamos por nuestras preciadas almas a un cielo vacío. Ya no creía en Dios pero lo seguía retando, sólo para que de improviso se colapsaran todos mis esfuerzos.

>>Se me vino encima una eternidad de nada absoluta. Cuando me encontraron estaba ya al borde de la muerte. ¿Para qué seguir torturándose otro día más con la arrebatadora lucha por aferrarse a la vida, por dejar a los nuevos visionarios mis más encaprichadas memorias? Si ellas también sucumbirían tarde o temprano al blanco perpetuo. ¿Qué más daba todo intento por exaltar el espíritu humano si este era limitado? Yo creía que el exceso otorgaba la vida, ¿¿Pero cómo iba a ser así sin siquiera existir el exceso?!

Para intoxicarme me había comido todas mis pinturas y me había embriagado con las otras mezclas.

– Le reventaría el estómago en un inmenso arcoíris.

– ¿¿Que no ha comprendido nada?! Si mi estómago hubiese estallado sería sólo como un universo blanco. Nada de colores, que son poco menos que una mentira. La verdad nunca ha sido justa.

– A veces merecemos algo más que la verdad.

– Yo diría que casi siempre. Primero uno de mis aprendices, que no contaba con más de diez años, me halló moribundo, hablando solo con la frente en el suelo, envuelto en mi propio vómito. Aquel joven fue lo bastante listo como para

llamar a alguien más que acudiera en mi ayuda. Después llegaron todos, me arrastraron y me llevaron desfilando por las calles. Tan solo hágase a la idea de lo cómico del asunto: un grupo de ocho niños arrastrando por ahí a un mendigo moribundo al borde de colapso. Llegaron a la sala del médico, gritando y empujando, sin poderle aclarar al hombre la idea de lo que habían visto hasta que este cruzó a la puerta de la calle, dónde habían dejado al desahuciado, mientras un círculo de gente se reunía para admirar su vergüenza.

– Lo que sigue es sencillo intuirlo, sólo cabe decir que perdí la noción del tiempo, quedado abandonado al deliro, encubierto en paredes, y en cada una de ellas se pintaba mi representación más clara del miedo: el color blanco.

– ¡Qué horror!

– Miraba pasar los días afrontándome segundo a segundo al más perverso demonio; el de la nada absoluta. Ninguna ventana a campo abierto, ningún adorno que ahondara siquiera en el más absurdo tono de azul, ni una sola luz que brillara trémula acercándose al amarillo. Todo perfectamente liso en el blanco. Mi desesperación cobró caro su precio: se apagó la luz en mi mente y quedaron mis ojos blanco.

– Y desde entonces usted no volvió a ver nunca. Pero yo puedo verlo a usted y también puedo agradecerle.

– ¿Qué dice? ¿Agradecerme a mí?

– Sí claro. Ahora me doy cuenta de todo. Es usted mi padre.

– ¿Cómo podría yo ser su padre? Jamás yací con mujer alguna. Todo mi tiempo se lo dediqué a mis malditos retratos.

– Precisamente, señor mío, soy portador de malas noticias: estaba usted equivocado en su equivocación, y en su más justa creencia siempre estuvo en lo cierto. Fue usted capaz de dar vida excediéndose en su ingenio.

– ¿Cómo dice?

– Yo soy su autorretrato...

# Poemas

*Francisco Farfán*

*(Fragmentos de poemario inspirado en fotografías)*

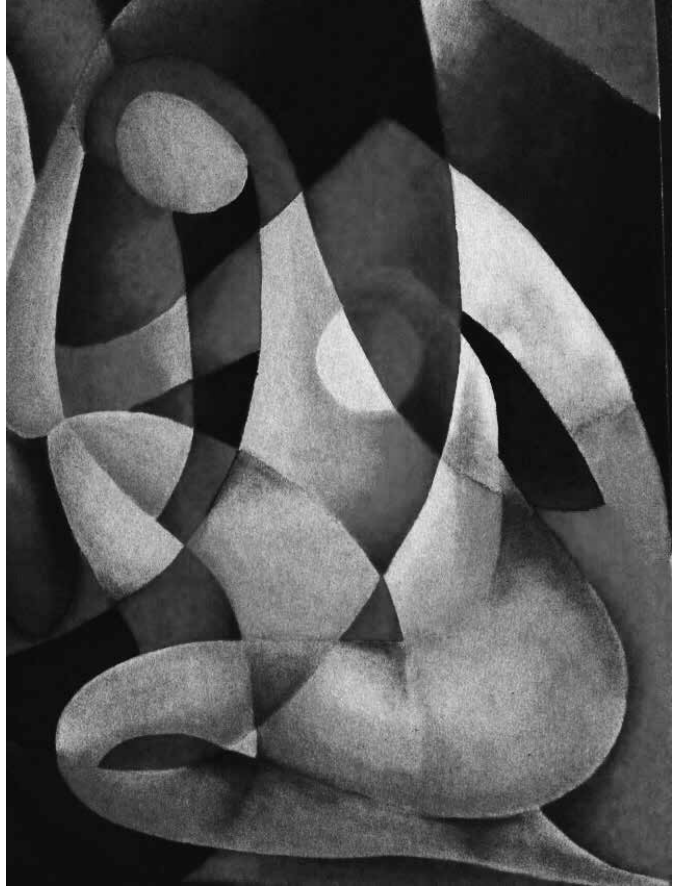
*Lago Maggiore, Italia, 1950, Christer Strömholm.*

*Es posible que en ésta fotografía obre sólo el deseo. Una condena  
si se comprende bien, y se mira con debida atención la boyita solitaria  
que flota como un signo tembloroso en el caldo blancuzco del Lago Maggiore,  
en Italia.*

*Porque la espesa bruma, en la foto, parece cubrirla toda  
y no es posible apreciar siquiera un margen de cielo donde dejar una huella;  
con todo, parece fácil echarse a volar arrastrado por un cielo adivinado y sin límites  
y beber la leche fría de ésta imagen hasta saciar la brasa de la vida,  
pero el cielo está oculto y es invierno: un regalo, un temblor...*

*Los dos alambres de púas que se sostienen endeblemente de un palo  
están allí para que se posen los pájaros. Pero no hay pájaros en este imposible  
de volar, pues el peso ilegible del deseo lo arrastra todo hacia la costra de la tierra  
y el vuelo se torna impracticable desde ahí, desde su peso  
aunque posiblemente certero desde esa boyita que oscila tan cerca  
que se revela tan solitaria contra este secreto que aparece de pronto perdido...*





**Ars**  
**médica**

*Graciela Iturbide. Primer día del verano. Veracruz, 1984*

*Y rodábamos por la arena hasta el filo profundo del mar. Soñábamos el mar  
como una ampolla quebradiza rodeando nuestros pies,  
y reíamos con nuestros dientes intactos,  
con nuestras manos de turquesa ante el sol reluciente de cielo.*

*Y rodábamos por la arena mostrando la planta indefensa de nuestros pies.  
Era verano en cada cuesta de arena, en cada montículo que el sol alzaba  
hasta la mesa del cielo. Era verano contra la dulce caída, era la montaña de arena  
la que nos ocultaba.*

*Olía el verano. Llegaba hasta nosotros como la espina quemada de una flor,  
como la yerba que se inclina siempre en una dirección que sopla de la orilla del mar,  
de la playa que hunde nuestras huellas. Y su olor se pegaba a nuestra carrera,  
y nuestra dirección era también el sol que abría sus puertas  
para darnos una cuesta de arena. Y rodábamos.*

*Era el primer día del verano. No había nubes ni pájaros ni viento: tan sólo nuestra infancia  
y ese calor armado de destellos de mar, sólo la plata suave de la caída, el vértigo y la risa  
y los escalones del mundo y los ángeles de nuestra dicha, y el miedo,  
echándose a rodar detrás de nosotros hasta alcanzarnos, sólo para reconocer en la planta  
indefensa de nuestros pies el pedazo de tierra que no habremos de caminar.*